

Argentina • Hevrat Pinto

Viamonte 2715 • 1213 Buenos Aires • Argentina
Tel: +5411 4962 4691
hevratpinto@gmail.com

México • Ohr Haím Ve Moche

OR JAIM VEMOSHE
Fuente de trevi 218

Tel +5559900579 jkursion@aol.com



Gracias a la bondad Divina

el Rab *shlita* se encuentra en Eretz HaKodesh y estará en Jerusalem, Ashdod y Raanana Para ahorrar esperas y molestias a quienes vengán a encontrarse con el Rab *shlita*, por favor fijar cita anticipadamente

Con la bendición de la Torá
La dirección

Hilulá del
Tzadik

11 - Rajel Imenu, aleha Hashalom.

12 - Ribí Yehudá Tzadka, Rosh Yeshivat Porat Yosef.

13 - Ribí Jaím Yaakov Vaknin.

14 - Ribí Abraham Elimélej —que Hashem vengue su sangre—, el Admor de Karelin-Stolin.

15 - Ribí Leib Báal Isurim.

16 - Ribí Elazar Menajem Man Shaj.

16 - El respetable Ribí Jaím Pinto Hakatan, ziaa.

17 - Ribí Biniamin Zeev Jashin.

PAJAD DAVID

Publicado por “Orot Jaim uMoshé”, Israel

Bajo la dirección de Morenu veRabenu HaGaón HaTzadik Rabí David Janania Pinto *shlita*
Hijo del tzadik Rabí Moshé Aharón Pinto *ztz"l* y nieto del sagrado tzadik Rabí Jaim Pinto *ztz"l*

Maskil leDavid

Comentario semanal de Morenu veRabenu, Rabí David Janania Pinto *shlita*, sobre parashat hashavua

Pasar la prueba con éxito gracias a la fe

“Le dijo: ‘Yo soy Kel Shakay. Anda delante de Mí y sé íntegro’” (Bereshit 17:1)

En el Midrash (Bereshit Rabá 38:13), se relata que cuando Abraham rompió todas las imágenes idólicas de su padre, lo llevaron ante Nimrod, quien le preguntó: “¿Eres tú Abram, el hijo de Téraj?”, y Abram le respondió afirmativamente. Nimrod le preguntó: “¿Acaso no sabes que yo soy el amo de toda la creación? El sol y la luna, las estrellas y las constelaciones, los animales y el hombre, todos surgen de mí. ¿Por qué destrozaste mis estatuas?”.

En aquel momento, Hakadosh Baruj Hu le dio entendimiento a Abraham Avinu, y éste le contestó: “Mi señor rey, permítame decir algo acerca de vuestra grandeza”, y Nimrod le dio la palabra. Abraham continuó: “El mundo se conduce de la misma forma desde su creación hasta nuestros días. El sol sale por el este y se oculta por el oeste. Si así usted lo desea, ordénele al sol que mañana salga por el oeste y se oculte por el este. Entonces, atestiguaré que usted es el amo de toda la creación”.

De esta forma, continuó Abraham objetando, discutiendo y triunfando con sus argumentos, hasta que al final Nimrod ordenó que lo apresaran, lo ataran y lo arrojaran a una enorme hoguera. Lo colocaron sobre una gran roca; a su alrededor, a lo largo de dos metros y medio, le amontonaron leños hasta una altura de dos metros y medio; y luego, encendieron la hoguera. En aquel momento, llegó el ángel Gabriel delante de Hakadosh Baruj Hu y dijo: “Amo del universo, ¿he de descender y enfriar la hoguera para salvar al justo?”. Hakadosh Baruj Hu le dijo: “Yo soy Único en Mi mundo, y él es único en su mundo. Por lo tanto, le corresponde al Único salvar al único. Tú tendrás el mérito de salvar a tres de sus hijos: Jananiá, Mishel y Azariá”. Y, en efecto, Abraham sobrevivió milagrosamente en medio del fuego, sin que se le chamuscara ni siquiera una sola fibra de su vestimenta.

El Midrash continúa y relata que Harán, hermano de Abraham, estuvo presente en aquella audiencia, y su corazón estaba dividido, por lo que se dijo a sí mismo: “Si Abraham sale triunfador, seré de sus simpatizantes; y si Nimrod sale triunfador, seré de sus simpatizantes”. Cuando Abraham salió intacto de la hoguera, Nimrod le preguntó a Harán de qué lado estaba y él le respondió que estaba del lado de Abraham. Nimrod ordenó que lo arrojaran a la hoguera, y, cuando así lo hicieron, el calor de dicha hoguera era tal que no bien llegó al fondo, Harán ya había sido consumido por el fuego y había muerto. Nimrod tomó sus restos y los arrojó delante de Téraj. Sobre esto, dice el versículo (Bereshit 11:28): “Y falleció Harán delante de Téraj, su padre”.

A simple vista, debemos comprender por qué Nimrod arrojó a Harán a la hoguera. Nimrod, con sus propios ojos, vio que Abraham se había salvado milagrosamente de la hoguera, y con ello pudo confirmar claramente que Hashem es el único Dios, tanto en la tierra y todo lo que está debajo de ella como en los cielos y todo lo que está por encima de ellos, y que el testimonio de Abraham era el verdadero.

En mi humilde opinión, precisamente, el hecho de que Nimrod había visto la verdad ante sus ojos fue lo que lo motivó a arrojar a Harán al fuego. Nimrod se dirigió a Harán y le reclamó: “Tú eres su hermano, y creciste junto con él. Desde pequeño, viste cómo él se conducía y sabías cómo

él se comportaba, y viste el sendero que él siguió. Siendo así, ¿por qué aún tienes dudas de si ese es el sendero correcto?”.

Esto se asemeja a un hombre a quien le revelaron todos los números que iban a salir ganadores en el premio gordo de la lotería, y todo lo que tenía que hacer era ir y comprar el boleto. Pero ese hombre, tontamente, no se apresuró a hacerlo, hasta que, a fin de cuentas, no lo compró y perdió la oportunidad.

Así mismo le dijo Nimrod a Harán. Harán había visto con sus propios ojos cómo su hermano Abraham se elevaba y guerreaba contra las creencias idólicas de su padre, una guerra en Nombre del Cielo, y cómo también mencionaba constantemente a Hashem. Y aquello que es verdad es reconocible, pues, sin duda alguna, es el sendero correcto. Siendo así, Abraham ya había pavimentado el camino delante de él; todo lo que le restaba a Harán era seguir ese mismo sendero. Pero él todavía dudaba acerca de la verdad, y se rezagaba en busca de otras fuerzas de la naturaleza en las cuales creer... Por eso, Nimrod lo arrojó a la hoguera.

Al presenciar el milagroso rescate de Abraham, Nimrod se retractó de su sendero malvado y se apejó al Dios de Abraham, pues se había impresionado enormemente de la fe íntegra de Abraham, y de su disposición a defender su fe ante todo el mundo; y vio cómo Hakadosh Baruj Hu le había correspondido doblemente a Abraham por su amor, y lo había salvado de la hoguera. Todo esto motivó a Nimrod a obrar de acuerdo con lo que había presenciado con sus propios ojos y volvió en teshuvá, y desdendió todas las deidades que tenía. Así de clara le estaba a Nimrod la verdad, al punto que se enojó con Harán, y se dirigió a él con el reclamo de por qué él —Harán, que había crecido con Abraham— no se había preocupado de aprender de los actos de su hermano, y todavía tenía dudas en su corazón. Por ello, lo arrojó a la hoguera.

Ciertamente, más adelante, Nimrod volvió a desviarse del camino y retornó al mal. Esto se debió a que todo el tiempo que Abraham Avinu se encontraba en su cercanía y sentía su influencia a su alrededor, Nimrod también era influenciado para bien y observaba el sendero de Hashem. Pero más adelante, Hashem quiso poner a prueba a Abraham ordenándole que dejara la tierra de su nacimiento y de la casa de su padre, entonces, Abraham abandonó ese país. Desde el momento en el que Abraham se fue, Nimrod volvió a desviarse hacia el mal, pues cuando se le presentaba la menor prueba no tenía de quién aprender y no sabía cómo conducirse para vencer a su inclinación al Mal. Abraham Avinu ya no estaba a su lado para darle inspiración como lo había hecho al principio.

Ahora podremos comprender por qué Hakadosh Baruj Hu no le hizo un milagro a Harán para salvarlo de la hoguera de la misma forma como había salvado a Abraham. Pues, en verdad, el argumento de Nimrod era completamente válido: ¿Cómo podía ser que Harán continuara con indecisiones y dudas en su corazón si veía a su hermano batallar heroicamente en favor de la fe íntegra y de la verdad, pues ese era el camino verdadero a seguir? Por ello, Harán no debió haber esperado a ver qué sucedía con Abraham, si iba a ser salvado o no. Él demostró que su fe no era íntegra ni fuerte. Por ello, no mereció que Hashem obrara un milagro en su nombre.



Siguiendo sus Huellas

Chispas de fe y confianza de las notas personales de Morenu veRabenu Rabí David Jananía Pinto shlita



Divré Jajamim

Castigado de acuerdo con sus propias palabras

En el año 2008, se efectuaron renovaciones en la casa de mi sagrado abuelo, Rabí Jaím Pinto, en Marruecos. Reb Abraham Knafo, shlita, estuvo a cargo del trabajo y lo llevó a cabo de la mejor manera posible. Posteriormente, me contó que un día, cuando estaban trabajando en la casa, descubrió que había desaparecido una considerable cantidad de material.

De inmediato, le pidió una explicación al maestro de obras no judío, pero él le aseguró que no sabía qué había pasado. El constructor negó tener algo que ver con la desaparición de los materiales y afirmó que si era él el que se había llevado los materiales, debía ser castigado con una muerte inusual, y detalló ante Rab Knafo cuál debería ser su castigo.

Ante la sorpresa general, al día siguiente, se supo que el contratista había sido asesinado en una pelea durante la noche. De esta manera, quedó claro ante todos que él había sido el ladrón, porque recibió exactamente el castigo que había predicho.

Los obreros, que sabían sobre el robo, se asustaron, temieron por sus propias vidas y suplicaron perdón al Tzadik para que —por la ira del Tzadik— ellos no fueran también castigados.

Sin embargo, uno de los obreros se burló de sus compañeros y les dijo que estaban haciendo una montaña de un grano de arena. Ni bien terminó de decirlo, su boca se deformó y quedó así hasta que él mismo tuvo que ir a la casa del Tzadik a pedirle perdón.

Vemos qué grave es faltar el respeto a un Talmid Jajam. Quien desmerece el honor de los sagrados Tzadikim, lo pagará muy caro.

“¡Te aseguro que no tendrás hijos nunca!”

“Ciertamente, Sará, tu esposa, dará a luz un hijo para ti” (Bereshit 17:19)

El honorable Admor, autor de Mevakshé Emuná, shlita, no deja de agradecerle al Creador del mundo por las abundantes bondades, particularmente, porque después de treinta y dos años le concedió un hijo. Y él relata una y otra vez acerca de la esperanza constante y acerca de las plegarias sin fin que le trajeron la salvación. Él así lo relata en una entrevista que le hicieron en el periódico Hamebaser (edición Yom Kipur 5778):

Transcurrieron treinta y dos años desde el día en que me casé, el diez de shevat 5739, hasta el día en el que tuvimos el mérito de sostener en nuestros brazos a nuestras hijas mellizas, el 12 de adar II 5771. Los años que transcurrieron hasta entonces estuvieron llenos de esperanzas destrozadas y tapizadas con plegarias y súplicas delante del Creador del universo. Treinta y dos años y dos meses, en los cuales no nos rendimos ni perdimos las esperanzas, y continuamos rezando, esperando y añorando.

No se puede describir el corazón roto y el sufrimiento profundo en el cual estuvimos hundidos. Atravesamos océanos de tristeza sin fin, con el constante peligro de la desesperación colgando sobre nuestras cabezas. No faltó quien nos incitara a perder las esperanzas, desde médicos hasta mekubalim. Sin embargo, continuamos todos aquellos años rezando, pidiendo bendiciones de los Tzadikim y probando todo tipo de segulot. Recuerdo que un gran mekubal, a quien insistí que me diera una bendición y su promesa de que veríamos la salvación que esperábamos, me quitó las esperanzas al decirme que él no veía aun la remota probabilidad de tener hijos. Él incluso dijo: “¡Yo te aseguro que no tendrás hijos nunca!”. Otro personaje conocido también me dijo con tristeza: “No veo que tengan hijos. No obstante, si formas alumnos correctos que buscan a Hashem, tendrás un nombre que permanecerá después de ti para la eternidad”.

Estas palabras desesperanzadoras que me dijeron una vez tras otra, a lo largo de treinta y dos años de esperanza casi nula, amenazaban con romper nuestro espíritu, pues este tipo de aseveraciones, repetidas una y otra vez, a lo largo de treinta y dos años, no dejaban el menor indicio de esperanza en el corazón de la persona. Sin embargo, yo tenía claro en la mente que no iba a dejar que ninguna persona o influencia en el mundo me hiciera perder las esperanzas. Me reforcé todo lo que pude en Hashem Yitbaraj, puse una luminaria ante mis pies que me indicara el camino a seguir, y ésta fue lo que dijo Ribí Najman de Breslev, ziaa: “¡No existe tal cosa como la desesperanza en absoluto!”.

Decidí aceptar sobre mí aumentar las plegarias: cada día rezaría en el monumento de la tumba de Rajel Imenu —ella también había sido estéril muchos años hasta que dio a luz a Yosef y a Biniamín— y completaría la recitación de todo el libro de Tehilim.

Por todo un año, llegué cada día al monumento de la tumba sagrada de Rajel Imenu, Mama Rajel, y con llanto completaba la lectura de Tehilim. Recé, supliqué y lloré ante mi Padre celestial que nos concediera el fruto del vientre.

Al concluir el segundo año, el 12 de adar II 5771, llegó la esperada salvación maravillosa. Hashem se acordó de nosotros y nos concedió las mellizas.

De todo esto aprendí una gran lección, la cual se la sugiero a todo aquel que necesita de salvación:

Primero, ¡está prohibido perder las esperanzas! Pase lo que pase, digan lo que digan, uno no debe rendirse. Tiene que reforzarse en su fe íntegra en Quien creó el mundo, con solo pronunciar Su Nombre, Hakadosh Baruj Hu. Él es Quien lo puede todo, y Su gran fuerza puede cambiar el orden de la naturaleza.

Segundo, debemos aprender a conocer cuán grande es la fuerza de la plegaria. Rezar una y otra, y otra vez. Sin plegaria, ¡la persona no recibe nada! La plegaria tiene el poder de provocar milagros y maravillas. El problema radica en que las personas no aprecian lo suficiente la plegaria, y la plegaria es de las cosas que sostienen el mundo en su elevado lugar. ¡Y las personas la menosprecian! Si tan solo la persona entendiera cuán grande y elevada es la plegaria, lograría cosas extraordinarias, aun en contra de la naturaleza.

Haftará



“Lamá tomar Yaakov” (Yeshaiá 40-41)

La relación con la parashá: en la Haftará, se relata acerca de la guerra que realizó Abraham contra los cuatro reyes, como dice el versículo: “¿Quién despertó al justo del oriente, lo llamó para que lo siguiese, entregó delante de él naciones y le hizo gobernar sobre reyes?”; y esta guerra es la que figura en esta parashá.



SHEMIRAT HALASHON

Carácter de aptitud

Cuando una persona escucha que alguien habló de ella, o que le hizo algo, o que quiere hacerle algo, tiene que cuidarse de no creer lo que escuchó; lo único que debe hacer es sospechar. Debe cuidarse de aquel que habló, ya que aplicamos el carácter de aptitud a toda persona —o sea, mantenemos su condición de ser una persona correcta— pues, supuestamente, no le ha hecho ningún mal así como tampoco la ha menospreciado.

Por lo tanto, está prohibido hacerle cualquier cosa a aquella persona que habló, o provocarle un daño y avergonzarlo, por lo que uno escuchó, ya sea si se trata de un adulto o de un menor. Incluso está prohibido odiarlo en el corazón, por ley de la Torá.



Perlas de la parashá

La conclusión errada de Lot

“Y hubo un pleito entre los pastores del ganado de Abram y los pastores del ganado de Lot” (Bereshit 13:7)

Abraham Avinu, quien fue el primero en acercarse a las personas a Hashem, le sugirió a Lot que se separara de él. ¿Por qué no trató de hacer que retornara en teshuvá por el robo que hacía al permitir que sus pastores pacieran al ganado en campos ajenos?

Ribí Reuvén Karelenstein, zatzal, explica, en su libro *Yejí Reuvén*, que cuando Abraham supo que Lot robaba, quiso saber qué fue lo que lo motivó a hacer eso.

Si Lot le hubiera respondido que se debía a que le hacía falta dinero en efectivo, a Abraham le hubiera bastado con darle una charla de ética y así Lot habría permanecido con él. Pero Lot le respondió con un razonamiento descarado, en el cual argumentaba que, ya que Hashem había asegurado que le iba a dar toda esa tierra a Abraham, y Abraham no tenía a la sazón heredero, entonces, Lot iba a ser el único heredero que recibiría toda esa región, y, por ende, le estaba permitido tomar “a crédito” todo lo que le pareciera.

Cuando Abraham escuchó tal argumento “legal” de Lot, dijo de inmediato: “Sepárate, por favor, de mí. No quiero tratar con ‘Tzadikim’ como tú, sino solamente con goím que quieran verdaderamente aceptar la palabra de Hashem y convertirse”.

La promesa es parte de la prueba

“Y Abraham se fue, tal como le había dicho Hashem” (Bereshit 12:4)

Ya en la primera prueba, en la que Hashem le dijo que se fuera de su tierra natal, se formuló la pregunta: ¿qué gran prueba representa irse a una tierra ajena, si, después de todo, Hashem le prometió todo lo que le dijo que le iba a dar allí?

Y, además, ¿por qué cuando Hakadosh Baruj Hu se dirige a Abraham se utiliza en hebreo el término *vayómer* (רמאי: ‘hablar’ —el cual tiene una connotación rigurosa, estricta—), mientras que cuando Abraham ya cumplió la orden, se utiliza en hebreo la expresión *dibur* (רוביד: ‘decir’ —cuya connotación es más transigente—), como en el versículo “Y Abraham se fue, tal como le había dicho Hashem”?

Rabenu el Or Hajaím Hakadosh explica que Hakadosh Baruj Hu le garantizó a Abraham Avinu todas aquellas promesas, para ponerlo a prueba, para ver con qué propósito él se iba. Es decir, también aquellas cosas que Hashem le prometió fueron parte de la prueba misma; Hashem quería probar si es que iba a irse debido a lo que le había prometido o si iba a irse para cumplir con lo que le había ordenado Hashem.

Siendo así, la prueba fue muy grande: irse, sin pensar en todo aquello que le había prometido que le daría en el nuevo lugar, sino sola y únicamente para cumplir con lo que le había dicho Hashem que hiciera.

De esta forma, se comprende el uso de aquellos términos, pues el “hablar” es algo ligero, mientras que el “decir” es algo severo. Con esto, la Torá nos enseña que Hashem se dirigió a Abraham para proponerle aquella mitzvá con el término “hablar” e insinuarle que si lo hacía, iba a ameritar todas aquellas cosas que Hashem le había prometido. Pero, por su parte, Abraham tomó como algo severo el hecho de que Hashem le dijera que hiciera aquella mitzvá, y no tomó en consideración la posibilidad de la recompensa por hacerlo, ya que Abraham lo hizo todo solo por cumplir con la orden de su Creador.

En pensamiento, habla y acción

“Y tú, Mi pacto has de observar; tú y tu simiente después de ti” (Bereshit 17:9)

Ribí Shalom de Belza preguntó: ¿Por qué se utiliza dos veces “tú”?

Y explicó que tenemos que cumplir con todas las mitzvot por completo, es decir, tanto con el pensamiento, como con el habla y con la acción. He aquí que en el caso del precepto de la circuncisión es imposible, ya que la acción se realiza en el cuerpo del hijo, mientras que el pensamiento lo realiza el padre. Solo cuando el niño crece y le hace la circuncisión a su propio hijo, completa entonces con su pensamiento todas las partes requeridas en el cumplimiento de la mitzvá, y que hacía falta hasta ese momento. Y entonces resulta que, nuevamente, el recién nacido es circuncidado, pero a ese bebé le hace falta que su mitzvá se complete con la parte del “pensamiento”, la cual solo logrará cuando él circuncide a su hijo, y así sucesivamente.

Esto lo insinúa el versículo: “tú y tu simiente después de ti”; cuando sean circuncidados y circunciden a sus hijos, solo entonces se realizará la mitzvá en su completitud.

Del Tesoro

Enseñanzas de Morenu veRabenu
Rabí David Jananía Pinto shlita



Todo lo que hizo Abraham, lo hizo de acuerdo con la Torá

Hakadosh Baruj Hu le dijo a Abraham: “Vete, por ti, de tu tierra, a un lugar desconocido”, y Abraham y su esposa tomaron todo lo que tenían y salieron rumbo a la que sería la Tierra de Israel. Al llegar, fueron recibidos con una hambruna en toda la región. Abraham, un hombre bondadoso, gastó toda su fortuna en favor de los demás para calmar el hambre y ayudar a sus semejantes. Ayudó cuanto pudo, e incluso tomó préstamos para ello.

Luego, descendió a Egipto, donde el faraón y su séquito secuestraron a su esposa. Abraham aceptó todo con amor y no se quejó ante Hakadosh Baruj Hu acerca de por qué le sucedían todas esas desgracias. Más bien, confió con total fidelidad que todo era para bien. Y así fue en verdad. Todo fue para bien. Abraham y su esposa salieron de la casa del faraón con gran honor y riqueza, como dice el versículo (Bereshit 13:2): “Y Abram estaba muy pesado con ganado, plata y oro”.

En todos sus caminos, Abraham andaba íntegramente con Hakadosh Baruj Hu y observó todas sus mitzvot, siendo meticuloso tanto en las leves como en las severas; se conducía con mucho cuidado y se alejaba de todo lo que pudiera implicar la transgresión de una prohibición. Por ello, se convenció de aceptar el oro y la plata del faraón, pero no aceptó el dinero del rey de Sedom, a quien le dijo: “Ni de un hilo o del cordón de un calzado, tomaré de lo que te pertenece”, debido a que respecto de las personas de Sedom está dicho: “Y las personas de Sedom eran muy malvadas y pecadoras ante Hashem”. La Guemará (Tratado de Sanhedrín 109a) estudia que ellos eran malvados con sus cuerpos, y pecadores con su dinero. En todas sus posesiones, estaba involucrada la prohibición de robar. En contraste, las posesiones del faraón estaban libres de robo, razón por la que Abraham aceptó los regalos de él. De aquí aprendemos que todas las acciones de Abraham fueron de acuerdo con las leyes de la Torá, y tuvo este mérito por el hecho de que tenía un conocimiento claro de Hakadosh Baruj Hu. Su fe en el Creador del mundo era extraordinariamente íntegra. Nunca hizo preguntas ni objeciones de por qué Hashem le hacía así, pues sabía que “Todo lo que Hashem hace, para bien lo hace”.

El recuerdo del Tzadik es para bendición

El honorable Rabenu Jaím Pinto "Hakatan"



Este próximo jueves 16 de jeshván es la hilula de uno de los grandes de espíritu, corona de la espléndida dinastía Pinto, quien vivió y fue activo en Marruecos, el Tzadik, experimentado en milagros, Ribí Jaím Pinto Hakatán, ziaa. Él tuvo méritos y dio méritos a las masas, tanto en lo espiritual como en lo material, al devolver los corazones de Israel hacia nuestro Padre celestial, tanto durante los días en los que anduvo por la tierra como después de su fallecimiento. Así nos enseñaron nuestros Sabios, de bendita memoria, que los Tzadikim son más grandes después de su muerte que en vida. Y Morenu VeRabenu nos ha relatado no solo un par de anécdotas, sino una plétora de relatos acerca de las maravillas y milagros que han sucedido en todas partes del mundo a los judíos que rezan por su salvación particular a Hashem Yitbaraj por el mérito del Tzadik, Ribí Jaím Pinto, ziaa.

Ribí Jaím solía inculcar en cada cual la fe y la esperanza que todo judío necesita, sin discernir de dónde provenía la persona, tanto en el caso de judíos como de no judíos. En el libro Anshé Emuná ('Hombres de Fe'), cap. 19, se relata que en una ocasión Ribí Jaím enfermó con tifoidea, y parecía que iba a fallecer. Los miembros de la jevrá kadishá fueron donde él, y cuando vieron que ya estaba moribundo, comenzaron, como se acostumbra, a decir capítulos de Tehilim al lado de su cama.

De pronto, Ribí Jaím abrió los ojos, se levantó de la cama y les dijo a los miembros de la jevrá kadishá:

"Ustedes se pueden marchar; ya estoy sano. Me agregaron desde el Cielo otros veinte años".

Después de que los presentes a su alrededor se recompusieron de la maravilla que acababan de presenciar, el Tzadik les contó que mientras estaba moribundo y los miembros de la jevrá kadishá estaban a su alrededor diciendo salmos, de inmediato, se levantó su abuelo, Ribí Jaím Pinto Hagadol, ziaa, de

su lugar en la yeshivá en el Gan Eden, y se presentó ante el Bet Din Celestial y clamó:

"Ustedes tienen que agregarle años, ya que él todavía no ha completado todo lo que tiene que hacer. Él tiene que vivir más para poder aumentar la fe en el Creador del mundo entre los judíos".

Así clamó y abogó Ribí Jaím Hagadol por su nieto por un tiempo. Y, en efecto, el Bet Din celestial aceptó su sentida petición, y a Ribí Jaím Pinto Hakatán le agregaron otros veinte años, en los cuales procuró aumentar más la fe en el Creador entre sus hermanos y hermanas judíos.

La puerta de Ribí Jaím Hakatán estaba siempre abierta para toda persona, sin discriminar en absoluto. A toda hora del día y de la noche, las personas que lo necesitaban se aproximaban a tocar a su puerta en busca de salvación, petición, consejo o bendición.

De hecho, muchos se dirigían a la casa de Ribí Jaím Hakatán para que el Tzadik rezara por ellos y los bendijera. Aquellos que habían ameritado la salvación que esperaban, luego de recibir la bendición de Ribí Jaím, volvían a su casa para agradecerle por ello. Ciertamente, Ribí Jaím hacía depender todo de Quien proviene todo; les decía:

"¿Agradecer? ¡Solo al Creador del mundo!".

Ribí Nisim Abisror contó que Ribí Jaím lo había llamado varias veces y le había pedido que lo acompañara a recolectar dinero de las personas de la ciudad para repartirlo entre los que necesitaban tzedaká. No cualquiera tenía el mérito de acompañar a Ribí Jaím a recolectar dinero, lo cual era un gran mérito, y Ribí Nisim tuvo el honor.

Cada viernes, Ribí Jaím salía a recolectar comestibles, y ese día no recolectaba dinero, pues sabía que los viernes el tiempo es corto, y los pobres no alcanzarían a ir a comprar lo que necesitaban para Shabat y regresar a casa para prepararlo. De modo que todos los viernes los dedicaba a recolectar únicamente comestibles para la preparación de las comidas de Shabat, los cuales traspasaba directamente a los necesitados. En contraste, el resto de los días de la semana recolectaba donaciones en efectivo, que repartía en tzedaká.

Cuando Ribí Jaím llegaba a las casas de las personas para recoger de ellos los comestibles que daban en tzedaká, él le decía proféticamente a cada mujer cuánto ella había preparado aquel día y cuánto iban a comer durante la semana. Siendo así, el resto —que no iban a consumir— podían darlo en tzedaká.

Ribí Nisim Abisror se asombraba de aquello.

Judíos cuyos pensamientos se encuentran totalmente sumidos en la Torá y en el cumplimiento de las mitzvot, en la santidad y la

pureza, lo dejan todo y se entregan en favor del compañero. En lugar de ocuparse de la Torá —por así decirlo—, Ribí Jaím se "humillaba" e iba de casa en casa para reunir lo que necesitaban los pobres de la ciudad.

Ribí Yeshuá, el asistente de Ribí Jaím, conservó un testimonio fiel acerca del orden del día del Tzadik, y así dijo:

"Temprano en la mañana, yo me dirigía a la casa de Ribí Jaím, y lo encontraba ya despierto, en el Bet Hakenéset que estaba en el piso de arriba de su casa, rezando. Luego de la tefilá, Ribí Jaím bajaba donde su esposa y le preguntaba qué necesitaba para cocinar aquel día. Con la respuesta que ella le daba, Ribí Jaím le daba el dinero necesario para las compras. De inmediato, salía e iba de casa en casa para recolectar dinero para los pobres de la ciudad.

"Con ello, sus pasos lo llevaban a las casas de los enfermos, de pobres, a las casas de los necesitados. Él les hacía a todos ellos las compras de lo que cada cual necesitaba y se las repartía. En cada lugar, le ofrecían comida, pero él solo probaba un poco, y me decía: 'Come tú en todo lugar donde vayamos'.

"Yo le pregunté: '¡Ribí! ¡Cuánto puedo comer yo!', a lo que él me respondía: 'Tú todavía estás joven, puedes comer. Si ellos nos ofrecen comida, no podemos rechazarla, y debemos comer en cada lugar'".

Así iba el Tzadik de lugar en lugar, durante largas horas, desde un extremo de la ciudad hasta el otro, para hacer bondad con su cuerpo y con su dinero a las personas necesitadas. Así lo hizo cuando era joven, y así continuó haciéndolo hasta avanzada edad.

"En las noches", cuenta Ribí Yeshuá, "el Tzadik se dedicaba a hacer tikunim y a estudiar la sagrada Torá".

Sobre Ribí Jaím, se puede aplicar el versículo: "¿Quién puede estar de pie en el monte de Hashem y quién puede levantarse en el lugar de Su santidad? El de manos limpias y de buen corazón".

Los actos nobles de Ribí Jaím en favor de los pobres y necesitados lo convirtieron en un personaje aceptado por todos sus hermanos judíos, quienes atestiguaban que todas sus acciones eran en Nombre del Cielo. Aquel que buscaba al Tzadik sabía dónde encontrarlo: entre los pobres y menesterosos del pueblo. Solía sentarse con ellos, a conversar y hablarles al corazón, exhortándolos y animándolos a no perder el espíritu ni la esperanza, y que sirvieran a Hashem con alegría y de buen corazón.